



Versaciones de un chupaplumas

Muy mal, por cierto,

[1]



pero, como luego explicase el señor Ramírez¹, era comprensible y había que disculparme porque, argumentó, cuando uno se obceca y se empeña y se empecina en dar por bueno (“o por malo, en este caso”, quiso puntualizar pero, ya digo, al mocoso se le daban las pajaritas de perlas pero en lectura iba muy retrasado) que aquello que uno piensa es como lo está viendo o viceversa se ve expuesto a, aun sin quererlo ni desearlo, caer cuando menos en engaños² que cobran carta de naturaleza sin el menor fundamento.

¹ por señas y con muy buen criterio aunque con una traducción desastrosa porque la abuela se empeñó en que la hiciera el nieto pequeño para que se fuera soltando y se equivocó el muy cabrón cincuenta veces.

² y cuando más en falacias si bien — y dado que lo piadoso era admitir o reconocer que no era el caso porque intento de dañar no lo hubo en ningún momento, o se carecía (que él supiese, y lo quiso dejar muy bien sentado) de pruebas fehacientes e irrefutables — el término “falacia” podía estar pecando de excesivo y, por eso, el abuelo quiso que el chico lo borrara pero no supo y tuvimos (o “tuvieron”, porque si es cierto que me invitaron a participar en la votación no es menos verdad que me excuse so pretexto de que prefería permanecer al margen y no inmiscuirme en asuntos familiares tan delicados siempre y más, como era el caso, habiendo niños de por medio) que elegir entre desandar un trecho o dejar las cosas como estaban sin prestar oídos a que la sugerencia que (por qué no) habría podido ofrecerse a hacer la vecina de al lado, que habiendo venido (o, bueno, “ido”) casualmente en mitad de la polémica a pedir una tacita de harina para hacer un bizcocho no estaría de más el suponer que deseara corresponder brindando su ayuda, apuntaba al hecho de que podíamos sustituirlo sencillamente por “mentira”, termino mucho menos drástico según ella con el que, sin embargo, no estaríamos faltando a la verdad pero sí sorteando un escollo que a saber quién podría ser el desdichado al que cayera en suerte el verse obligado a esgrimir

Muy mal, por cierto,

[1]

ante los ojos atónitos de sus asombrados ascendientes – si el azar se decantaba por sonreír a los más jóvenes – o frente a las narices de sus – caso de que el albur se inclinase por favorecer a los más viejos – estupefactos descendientes. Ofrecimiento que podría ser bien acogido por Ramírez y por sus padres y los niños pero rechazado de plano por la madre (de estos) aduciendo que ella quedaba en desventaja no teniendo a sus propios ascendientes a mano porque “entiéndame, dona Isidora – le diría en un aparte en la cocina – yo a mis suegros los quiero y los respeto, sí, pero no es lo mismo”.

Pero mi amigo, cuando se lo comentase, se mostraría reticente a tal eventualidad argumentando que la vecina – si es que en verdad era “vecina” y no un repartidor de guías telefónicas o empleado de alguna empresa suministradora de energía que pretendiera tan solo leer el contador del gas (en cuyo caso no quedaría justificado el que se sintiera en la obligación de corresponder) – podía no venir (o, bueno, “ir”) en son de paz o pidiendo favores con muy buenas maneras y tono compungido porque “me doy cuenta perfectamente de que estoy abusando de su amabilidad, Sonia (pues ella me había informado previamente, creo recordar, de que podía llamarla Sonia), pero después de haber prometido a mi nieto que mañana le daría bizcocho para desayunar” resultó que..., en fin, un largo etcétera de inconvenientes quién sabe si no del todo falsos o por lo menos inventados en parte sino, muy por el contrario, hecha un verdadero basilisco – porque ella (la señora de Ramírez hijo) hubiese cometido la falta imperdonable de tender la ropa de color sin centrifugar y ella (la vecina, pero no de al lado sino del piso de abajo) “mire, desteñido de rojo y echado por completo a perder el vestido blanco de organdí de la niña” – indicando, una vez que se le pasara el acceso de ira “porque en realidad ya no se lo ponía porque con el estirón después de las anginas del invierno pasado le quedaba pequeño”, que se podía ser un poquito más flexible (y doña Isidora parece que lo era) y optar por una tercera vía consistente en hacer dos grupos, y que uno de los grupos se pusiera en camino para desandar y el otro se quedase para dejar las cosas como estaban.

Muy mal, por cierto,

[1]

Y como entendí que mi amigo, al que tuve siempre por persona ponderada y ecuánime, no pondría objeción alguna a una solución tan razonable opté por adherirme a esta propuesta (mucho más apta “para todos los públicos” que aquella otra de la mujer del pelo largo exponiendo con profusión de detalles impropios del momento y del lugar vaya nadie a saber qué oscuros motivos para justificar su del todo extemporánea irrupción en el ambiente sereno y apacible del cuartito de estar de los Ramírez) y ofrecerme, si es que mi presencia se consideraba conveniente, a formar parte de uno de los grupos.